

LA IMPORTANCIA DEL MEDITERRÁNEO PARA LA SEGURIDAD MUNDIAL

D. RAFAEL ESTRELLA PEDROLA

*Senador por Granada**

En los años anteriores a la caída del muro de Berlín pudimos vivir un intenso debate sobre cómo los aliados debieran compartir los costes — así como los riesgos y responsabilidades — de la seguridad europea frente a las amenazas del Este. Ahora, los términos del debate han cambiado radicalmente; también ha cambiado el clima, con los países del Este reclamando una garantía de seguridad e incluso el acceso a la OTAN. Pero cualesquiera que sean las reformas que puedan aplicarse como resultado de la nueva situación — incluyendo un mayor papel europeo dentro de la OTAN, un SACEUR europeo o incluso un ejército europeo con un mando “de doble gorra” —, no se cuestiona que el vínculo transatlántico permanecerá y que la presencia militar americana se mantendrá como un modo de mostrar tanto la comunidad de intereses como el compromiso de Estados Unidos con Europa.

En términos militares, al final de todo este proceso Estados Unidos mantendrá previsiblemente en Europa un número reducido de tropas (menos de 100.000), que estarán más orientadas a servir de base para un redespiegue de gran escala en caso de crisis que hacia una función disuasoria. Este papel de mantener una estrategia creíble sería desempeñado por un pequeño número de armas nucleares que permanecerían en Europa y por las armas de más largo alcance. Los norteamericanos estarían también implicados en la seguridad europea a través del proceso e instituciones de la Conferencia sobre Seguridad y Cooperación en Europa (CSCE).

Si la situación que podemos imaginar sería la aplicación tardía de las palabras del presidente Harry Truman en el sentido de que los aliados debieran ser autosuficientes “en el tiempo más corto posible”, no hay duda, como lo señala una reciente publicación del John Hopkins Institute, que “incluso si Estados Unidos no estuviesen implicados militarmente, la interdependencia de las economías norteamericana y europea, de los sistemas monetarios y los mercados financieros, suponen que el coste para Estados Unidos de cualquier conflicto en Europa podría ser terrible”. Este análisis, en el que personalidades tan diversas como el senador San Nunn y la congresista Pat Schroeder comparten los mismos puntos de vista, enfatiza que es interés de Estados Unidos preservar la estabilidad y prevenir riesgos en Europa más allá del colapso del Pacto de Varsovia.

Durante mucho años, se han escuchado voces en Europa y en la propia OTAN señalando que la región mediterránea debiera ser un área de gran atención para la seguridad europea; los fundamentos ideológicos de la confrontación Este-Oeste, en que se situaba el debate sobre la región sur y las acciones fuera de zona, han impedido que los aliados tuviesen una visión global de las peculiaridades y complejidades de la región.

* Pertenece al PSOE y es portavoz socialista en la Comisión de Asuntos Exteriores del Senado. Asimismo es colaborador-concurrente del XXX Curso Monográfico desarrollado en la Escuela de ALEMI.

Permitan que comience con dos afirmaciones sobre los problemas de defensa en la región: primera, no es previsible un esfuerzo conjunto árabe que amenace a Europa; segunda, ningún país de la región exhibe una postura agresiva que amenace la seguridad europea — con excepción de la aventura de Irak y la imprevisible Libia —. Por el contrario, la mayoría de los países de la región están vinculados con países occidentales a través de un entramado de acuerdos de cooperación en materia de defensa.

Dicho esto, pienso que puede ser útil observar algunas cifras que muestran la formidable capacidad militar existente en la región, una concentración masiva de armas en el borde de Europa, cuadro 1.

Sólo en Oriente Próximo, las importaciones de armas se elevaron a 17.900 millones de dólares durante el año 1988, mientras que Estados Unidos han exportado a la región armas por valor de 3.500 millones desde el final de la guerra del Golfo.

Si en armas nucleares Irak progresaba hacia la capacidad nuclear e Israel parece ser el único país que la posee, la situación es bien distinta en lo que se refiere a las armas quí-

Cuadro 1.—*Capacidad militar de la región.*

<i>País</i>	<i>Misiles de largo alcance</i>	
Irán	Al Abbas (900)	Tammuz 1 (2.000)
Israel	Jericho 2B (1.500)	SLV Shavit
Arabia Saudí	DR-3 (2.200)	
<i>País</i>	<i>Misiles de alcance medio</i>	
Egipto	Scub B (280)	—
Irán	Scub B (280)	Al-Husayn (600)
Irak	Scub B (280)	—
Libia	Scub B (280)	—
Siria	Scub B (280)	—
Yemen	Scub B (280)	—
Israel	Jericho 1 (480)	Jericho 2 (750)
<i>País</i>	<i>Misiles de corto alcance</i>	
Argelia, Kuwait, Libia, Yemen, Egipto, Irak, Siria	Frog (70)	
Egipto	Frog 5 (50)	
Irak	SAKR 80 (80)	
Irán	OGHAB (40) y Nazeat (130)	
Israel	LANCE (120)	
Siria y Yemen	SS 21 (120)	
<i>Algunos datos comparativos (antes de la guerra del Golfo)</i>		
<i>País</i>	<i>Aviones de combate</i>	<i>Carros de combate</i>
Egipto	475	3.190
Libia	513	2.300
Italia	425	1.533
Irak	689	5.500
Siria	558	4.000
España	221	838
Israel	553	4.288
Argelia	257	900
Francia	597	1.340

micas. De acuerdo con diversas fuentes, Egipto, Israel, Siria e Irán están en posesión de armas químicas, mientras que Libia estaría desarrollando tal capacidad en los centros de Rabta y Al-Quariat. Por otra parte, Siria e Irán parecen estar en posesión de armas biológicas.

Aunque no puede establecerse un vínculo directo entre la posesión de armas nucleares, biológicas y químicas y la capacidad de dirigir tales armas más allá del alcance de la artillería convencional, éste es un riesgo adicional que debe considerarse. Aunque la información puede no ser totalmente ajustada, los datos en el cuadro 1, pueden darnos una clara idea de la variedad y dispersión de distintos misiles en diferentes niveles desde pruebas al uso efectivo. Otras categorías de misiles están siendo desarrolladas por diversos países de la región.

Si este arsenal de misiles de doble uso tiene una función disuasoria o de escalada en la represalia sigue siendo un debate abierto, pero no puede negarse que, incluso en el contexto de un posible conflicto Sur-Sur, el riesgo potencial para el conjunto de la región es formidable.

Por otra parte, como recordaba un reciente informe del Instituto de la UEO, la disuasión hace la guerra irracional, pero no imposible, y debemos tener en cuenta que si la racionalidad fue un elemento casi permanente de la confrontación Este-Oeste, no puede decirse lo mismo de la dimensión Norte-Sur.

Los elementos utilizados por Saddam Hussein para galvanizar los apoyos a su acción ilustran con bastante claridad la variedad de mecanismos que pueden activarse en esta compleja región. En efecto, apeló a la reacción del panarabismo —por cierto, el único argumento que podía usar con cierta legitimidad, ya que es un elemento de la ideología del *Baath* y había sido una constante durante la guerra con Irán—; a este respecto, el fracaso de la Liga Árabe en alcanzar una posición común, su caída en profunda crisis, evidencia que en estos tiempos las Naciones-Estado están en alza frente a la supranacionalidad. En segundo lugar, pese a ser el líder de un Estado laico, llamó a una *yihad* (guerra santa), contra los infieles, proclamando incluso su voluntad de proteger los Santos Lugares. El antiimperialismo y la defensa del Tercer Mundo —confrontación Norte-Sur— fue el tercer elemento del discurso de Saddam. Finalmente, presentándose como defensor de la causa palestina adoptaba un tema muy sensible no sólo para los palestinos que viven bajo una injusta ocupación o en campos de refugiados, sino también para las masas en el mundo árabe, para quienes la causa palestina ha sido durante años el cemento de la identidad árabe. De este modo, Saddam estaba apelando a elementos de orgullo y dignidad, recordando la humillación de la colonización.

Aunque la inusual coalición fue capaz de mantener su cohesión, los llamamientos de Saddam lograron provocar movilizaciones populares en algunos países árabes; sólo la existencia de regímenes fuertes permitió evitar una mayor extensión de la solidaridad con Saddam, pero no fue tarea fácil; baste recordar que, al comienzo de la crisis, una reunión de los cinco países de la Unión del Magreb Árabe (UMA) finalizó con cinco posturas diferentes.

Una región donde la estabilidad está ligada a la voluntad de un líder o a la vida o muerte de un rey, donde la legitimidad puede estar vinculada a la religión aunque sea a través de elecciones democráticas —“Estado religioso sin elecciones”, era el lema utilizado en una reciente manifestación en Argelia—, es, sin duda, un escenario imprevisible. Si a

ello añadimos factores como la pobreza, el bajo nivel cultural, rápido proceso de urbanización, altas tasas de natalidad y retroceso de la mortalidad —en el año 2025, los países del Magreb habrán doblado su población, mientras que la de la CEE permanecerá estancada—, unido todo ello a las escasas posibilidades de emigrar, el resultado es, sin duda, explosivo.

Recientemente, el secretario de Estado, Baker, llamaba a la extensión de lo que denominaba "*Commonwealth* de democracias". Hay tendencias evidentes en esa línea en algunos países árabes, pero la paradoja es que la democratización dista de ser un factor estabilizador en la región; uno de sus efectos más destacables ha sido la emergencia del integrismo religioso o fundamentalismo, un fenómeno que ya existía en la sociedad árabe, pero que ahora podría instalarse en el poder a través de procesos democráticos. Por otra parte, desde la perspectiva de un país clave como Arabia Saudí, la extensión de los procesos democráticos en la región se percibe como un elemento desestabilizador de las estructuras tradicionales del poder; por ello Arabia Saudí respalda y financia grupos religiosos ortodoxos frente a regímenes laicos a lo largo del Mediterráneo así como en Turquía, los Balcanes y las Repúblicas musulmanas de la Unión Soviética.

La situación económica en la región, si dejamos aparte los países productores de petróleo, no puede en modo alguno contemplarse con optimismo: la deuda de la región es mayor que la de los países de África Subsahariana y Europa Central unidas; la ayuda financiera que llega a la región es a todas luces insuficiente (Estados Unidos es el principal donante, con un 31 % de la ayuda total, pero esta cifra incluye a Israel y Egipto; la CEE aporta el 17 % de la ayuda —una reciente decisión multiplicará esta aportación por 2,7—, y los países de la Organización de Países Exportadores de Petróleo (OPEC) aportan un 28 % de la ayuda). Aunque los países árabes están progresivamente aplicando las disciplinas del Fondo Monetario Internacional (FMI), no es difícil imaginar las consecuencias a corto plazo de tales medidas en estos países, algunos de los cuales practicaban una economía de corte socialista bajo el lema de Lenin "la cantidad es, por sí misma, calidad".

Hasta aquí, hemos intentado presentar algunos elementos de reflexión sobre cómo los intereses norteamericanos y europeos están conectados en lo que se refiere a la seguridad europea y cómo el Mediterráneo, una región tan unida a Europa, es en sí mismo una zona de tensión e inestabilidad. Si consideramos el Mediterráneo desde la perspectiva de los intereses estratégicos, hay que recordar que la región es el mayor productor de petróleo y gas natural, productos con un elevado consumo en Europa; por disponibilidad de suministros energéticos, sino también porque ello condiciona la estabilidad de la economía mundial; no es necesario recordar que la mayor parte de estos suministros llegan a través del mar Rojo y del Mediterráneo, lo que hace necesaria una permanente seguridad de la navegación en este mar afectado por un deterioro ambiental que sólo puede ser resuelto mediante la cooperación entre todos los países de la región.

Son precisamente todos los factores aquí descritos: inestabilidad, riesgo de conflictos Sur-Sur, desequilibrios económicos en ambos sentidos (Norte-Sur y Sur-Sur), conflicto cultural y social —exacerbado por el incremento de las actitudes racistas en Europa—, etc., lo que hacen de la capacidad militar un riesgo potencial y, lo que es peor, imprevisible, y ello en un momento en que los equilibrios militares entre el Norte y el Sur van a verse alterados por la aplicación del Tratado sobre Fuerzas Convencionales (CFE) y su eventual extensión.

No es preciso un gran esfuerzo de imaginación para concluir que la respuesta sólo puede ser una ecuación compuesta de, en primer término, políticas de desarrollo (la CEE, Estados Unidos en papel aún indefinido, el Banco Mundial, el FMI, o algunos instrumentos específicos como el propuesto Banco de Desarrollo Mediterráneo); estas políticas favorecerían la estabilidad, fortaleciendo así auténticos procesos de democratización. En segundo lugar, un diálogo cultural dirigido a superar la actual ausencia de valores culturales comunes y, por supuesto, a profundizar el respeto a los derechos humanos, un tema muy sensible que bien pudiera vincularse de algún modo a la cooperación económica. El tercer elemento abordaría de manera específica la seguridad, con la perspectiva de alcanzar un régimen de control de armamentos, y establecer medidas generadoras de confianza; otras medidas dirigidas a evitar la proliferación —tal vez un nuevo COCOM— podrían y deberían ser contempladas de manera unilateral por los países occidentales.

Finalmente, unas pocas palabras sobre la Conferencia de Paz recientemente abierta en Madrid. Si este proceso alcanza el éxito deseado, producirá una situación completamente nueva cuyas consecuencias llegarán más allá de los límites de Oriente Próximo. Sin embargo, la paz, la estabilidad y el progreso en Oriente Próximo no se traducirán de modo automático en estabilidad para el conjunto del Mediterráneo. Por el contrario, la situación en los países del Mediterráneo Oriental, podría deteriorarse a menos que los beneficios de la paz (cooperación, control de armamentos) se extiendan a toda la región. La frustración, y su expresión más directa, el radicalismo, crecerían en el Mediterráneo Occidental y se propagarían fácilmente a las poblaciones árabes del Este. Los responsables políticos deben ser conscientes de este riesgo.

En conclusión, entre el papel asumido por Estados Unidos en Europa, su voluntad también de garantizarse el acceso estratégico a la región y, de otro lado, el interés europeo más limitado de asegurar unas condiciones generales de estabilidad y seguridad en la región —Europa no es una potencia mundial—, existe un amplio terreno para la acción común en el Mediterráneo. Lamentablemente, si la Administración norteamericana es consciente del papel que su país debiera jugar en la región, el interés por el Mediterráneo es hoy extremadamente bajo entre los miembros del Congreso y el Senado de los Estados Unidos en América.